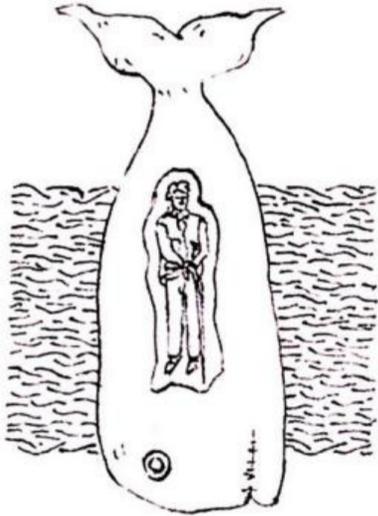


los inquisitivos y curiosos podrán rastrear en las páginas de *El Espectador* y que no desmerece, en nada, por lo sagaz de su percepción, del celebrísimo periplo de Florentino Ariza y Fermina Daza, tantos años después, en *El amor en los tiempos del cólera*.



Nuevos amigos, como Pedro Gómez Valderrama y Ramón de Zubiría, sus peleas con Eduardo Carranza, sus retratos de la colonia de exiliados españoles en el país: José Prat, Luis de Zulueta, Clemente Airó, “un personaje espeso y triste”, su relación con el padre Camilo Torres, la visita de Rafael Alberti a Colombia y sus asiduos esfuerzos por intentar comprender la vesania y barbarie que impregnaba la actualidad de entonces, con sus cortes de corbata y sus masacres tan absurdas como sádicas, hacen de este recuento, empatía y distancia, uno de los más válidos, pero personales testimonios sobre este trozo de nuestra historia, no sólo intelectual sino también político. No un viajero de paso, con su fugaz libreta de apuntes, sino un poeta y narrador, honesto y reflexivo, que reconocerá sus deudas con espontánea gratitud:

*Tengo la inequívoca convicción, en cualquier caso, de que ese viaje a Colombia reglamentó mi futuro, lo hizo transitible y hasta cierto punto estabilizó, fijó las pautas de una halagüeña sucesión de despedidas juveniles y anticipos de la madurez. [pág. 254]*

JUAN GUSTAVO COBO  
BORDA

## El cofre quedó en el fondo

### La sentencia

Juan Carlos Botero  
Ediciones B, Barcelona, 2002,  
263 págs.

Juan Carlos Botero viene antecedido de dos premios literarios notables: el Juan Rulfo —en el que fueron jurados Augusto Roa Bastos, Julio Ramón Ribeyro y Severo Sarduy— y el del XIX Concurso Latinoamericano de Cuento. Publicó también un libro de narraciones breves llamado *Semillas del tiempo*. Ahora publica la que al parecer es su primera novela: *La sentencia*.

Francisco Rayo, el protagonista de esta historia de mar y de suspense, es un buzo que tiene como oficio buscar los tesoros de embarcaciones hundidas. Estando un día en Nueva York, en el remate de unos lingotes de oro de una nave ida a pique más de un siglo atrás, y tras adquirir en la subasta algunas piezas para un cliente de conducta dudosa en Italia, es abordado por un hombre de extremada elegancia y de finas maneras que deja ver en su sonrisa lo turbio de su alma y de su pasado. Este hombre —Madeira— es un brasileño millonario, descendiente de un tal Carlos de Sousa, comerciante portugués, quien a comienzos del siglo XVIII huye del Brasil con una cuantiosa fortuna, la que ha camuflado previamente en los troncos de una madera hueca. Después de mil peripecias se embarca en *La Armonía*, un navío francés que naufraga en los bajos de Salmedina en la bahía de Cartagena de Indias. Carlos de Sousa logra salvarse del naufragio y ya viejo escribe su historia, en la que ha anotado las coordenadas de hundimiento del barco. Todo esto lo sabemos porque Madeira contrató a un grupo de investigadores para que rastrearan el pasado de su familia y se topó con la historia de este tesoro que ahora se propone rescatar para salvarse de una quiebra inminente. Decide entonces

contratar los servicios de un buzo profesional y conocedor de los naufragios de los galeones en tiempos de la colonia, y es ahí donde Francisco Rayo enlaza su destino con el de Madeira.



Juan Carlos Botero tiene sus méritos como escritor. Logra contar una historia y le imprime tensión para que haya interés del lector. Su conocimiento del mar es algo que, al menos a quienes vivimos en la superficie, nos parece profundo. Se nota que lo referente a los naufragios y a los galeones españoles y las rutas de esas épocas lo investigó con juicio. Uno aprende cosas leyéndolo. Yo aprendí, por ejemplo, que el oro y la porcelana son las únicas dos materias que pueden estar sumergidas en el fondo del mar durante siglos, y al sacarlos parece que hubieran sido sumergidas la tarde anterior; es decir, no pierden su brillo y esplendor. Me enteré también de este dato curioso y bello: cuando un buzo va a localizar un galeón de éstos hundido, lo primero que debe ubicar es una gran piedra negra, comúnmente ovalada. Es una piedra a la que, por ser de río, no se le adhieren los moluscos ni los corales. Esa piedra es puesta dentro del barco, en el fondo, para centrarlo, para darle equilibrio, y después, si la nave naufraga, cuando el barco entero se ha podrido y desaparece, la piedra oscura resplandece como único vestigio en medio de los sedimentos marinos. Otros autores me han enseñado muchas cosas sobre el mar, pero ésas no. Pero investigar y conocer el medio sobre el cual se escribe no basta.

Sucede que la ingenuidad, que en la pintura y en la música a veces logra buenos resultados, a los novelistas los favorece poco. (Incluso ciertas gotas de ingenuidad y de inocencia dan gracia a la poesía en muchas ocasiones). Los novelistas o los dramaturgos por lo general —y hablo de los buenos— son unos monstruos que conocen todos los secretos del mundo y los vericuetos del alma humana, y que gracias a ese don, un tanto diabólico, manejan las cartas con una pericia que los demás mortales no tenemos; por lo tanto, no se resbalan poniendo parrafadas que no vienen al caso a la hora de contar sus historias. Por ejemplo, Francisco Rayo, nuestro protagonista, es un hombre cultivado. Cuando está en Nueva York visita los museos y se deleita viendo pintura, en especial la famosa colección Flick. Cuando está en Florencia, o en Venecia, o donde sea, hace lo propio, y eso no estaría mal; lo que pasa es que arranca a hablarnos de pintura como un niño que ha aprendido bien su lección, y que alardea de sus conocimientos propinándonolos en los momentos más insospechados. Otra cosa: un deber del escritor es eludir los lugares comunes. Y a Botero, para hablarnos de los ojos de una muchacha muy bella, no se le ocurre otra cosa que decir que son de esmeralda. Hombre, si realmente, aparte de la frase ya hecha, los ojos de esa señora son del color de una esmeralda de Somondoco, yo pongo pies en polvorosa, pues no es nadie distinto de Lucifer.



Pero existe una diferencia sutil entre la ingenuidad y el candor. Hay

una escena en la que Rayo entra en uno de esos elegantes restaurantes de la plaza de Santo Domingo, en Cartagena, y nos enumera los comensales del lugar: en una mesa Gabo y Mercedes conversan alegremente con Mario (Vargas Llosa) y Patricia, pues ya han hecho las paces; en otra mesa Juan Carlos Botero, Mario Mendoza y Santiago Gamboa (dos escritores de la generación de Botero y sus íntimos amigos) hablan de literatura, etc., etc. (Si a los platos de ese restaurante les falta tanta sal y tanta pimienta como a esa broma que ha querido hacer Juan Carlos Botero, sugiero que vayamos a comer al restaurante de al lado).



Digamos que estos podrían ser *pecados veniales* en una obra que, mal que bien, tiene sus logros. Ya lo dije, Botero tiene méritos como escritor: los detalles del relato constantemente son acertados, la narración, salvo las puerilidades mencionadas, es fluida y persuade, sabe *sumergirnos* en su cuento y hacer que nos interese en él, pero, me pregunto yo, ¿para qué semejante esfuerzo de construir un edificio de doscientas y tantas páginas, si todo a último minuto lo echa por la borda como el tesoro que Rayo al fin casi alcanza a rescatar? Siempre he tenido la sospecha de que algo de gran importancia para un escritor es saber, antes que nada, el final de lo que quiere escribir; es decir, que tenga un derrotero, aunque a veces se lo modifiquen los demonios ocultos de la invención, pues es parte medular de la concepción de una obra. Y Botero malbarata su historia en un final de disparos de pistola con silenciador,

como en cualquier anodino final de capítulo de serie televisiva. La novela, sin ser una gran alegoría acerca del destino humano, sin proponernos reflexiones trascendentales, como lo hacen la *Línea de sombra* o *Moby Dick*, podría haber sido una aceptable novela de aventuras. Pero su autor no lo ha querido así, y nos defrauda con un desenlace manido. Y ése sí es un *pecado capital* en un escritor.

Cabe agregar, por último, que la novela acaba en punta y que no es improbable que haya una segunda parte, pues el cofre con los lingotes de oro, luego del tiroteo aquel, volvió a quedar en el fondo del mar, y en un sitio tan conocido para Francisco Rayo como para Juan Carlos Botero. Quiera Poseidón, en su trono de anémonas, iluminar al novelista para que, en esa eventual ocasión, las cosas terminen de mejor manera.

FERNANDO HERRERA  
GÓMEZ

## Penoso de leer

### Caminando en el tiempo

Gilberto Castillo

Edipolis Ediciones, Bogotá, 2000,  
409 págs.

En la portada del libro, se advierte que es una novela histórica. En rigor, esta expresión es un contrasentido, pues novela se refiere a nuevo, *nouvelle*, e historia, tal como la comprende el autor, según la nota introductoria, se refiere a crónica, relato de hechos y personajes que ocurrieron, salvo dos o tres “creados y ambientados por el autor bajo la premisa de tener que hilar la historia”, y pone de testigos a cronistas como Castellanos, Fernández de Piedrahíta, fray Pedro Simón, Juan Friede y otros. El autor se propone ser neutral, abstenerse de conjeturas, y dejar que el lector “saque sus